

La cuestión nacional en las colonias antillanas

José María Aguilera Manzano

Universidad de Cantabria

Fecha de aceptación definitiva: 2 de octubre de 2009

Resumen: El objetivo de este artículo es explicar algunas de las características del proyecto de identidad construido por el grupo de liberales autonomistas antillanos durante el siglo XIX. Esta facción estaba compuesta por intelectuales y miembros de la oligarquía azucarera habanera. Su propósito fue buscar un encaje más ventajoso para la isla de Cuba y los territorios de Ultramar en el marco del Estado liberal español en construcción a lo largo del siglo XIX. Debido a la censura, este grupo no pudo usar el discurso político para conseguir este objetivo, lo cual hizo que tuvieran que buscar un camino alternativo para expresar sus ideas; la literatura se convirtió así en su principal instrumento.

Palabras clave: Nacionalismo, Antillas, Cuba, liberalismo, autonomistas, identidad.

Abstract: The aim of this article is to research the identity project built by the Antillean liberal autonomists' group during the nineteenth century. This faction was composed by intellectuals and members of the sugar Havanan oligarchy. Their purpose was to look for a more advantageous position for the island of Cuba and the Overseas territories in the frame of the Spanish liberal state in construction throughout the nineteenth century. Due to the censorship, this group could not use the political speech to get this objective, which made that they had to look for an alternative way to express their ideas; literature transformed by this way into its main instrument.

Key words: Nationalism, Antilles, Cuba, liberalism, autonomist, identity.

Introducción

La construcción del Estado y la nación han experimentado en Europa procesos muy distintos desde las revoluciones liberales. Tras la Revolución francesa, los Estados contemporáneos conocieron una diversidad de situaciones que aconsejan un análisis ponderado de los procesos que llevaron a la consolidación de los Estados y naciones en cada lugar. ¿Cómo concibieron la nación y el Estado los liberales? Generalmente los historiadores han tratado de dar respuesta a esta pregunta atendiendo sólo a los planteamientos de los distintos grupos metropolitanos, ignorando así las ideas que llegaban desde los territorios de Ultramar. Para entender esto, hemos de tener en cuenta que la historia de los imperios, durante la transición del Antiguo Régimen al liberalismo, ha sido escrita por una historiografía que considera que los Estados fueron construidos por grupos de poder metropolitanos desde sus metrópolis¹. Sin embargo, a lo largo de las últimas décadas, se ha puesto de manifiesto cómo, en los procesos de ensamblaje de los Estados en el siglo XIX, las elites de poder de las llamadas «periferias coloniales» se enfrentaron a los proyectos estatales que los reducían a la categoría de colonias, y trataron de conseguir una situación más ventajosa para sus territorios².

Este artículo se ocupa de estudiar cómo imaginaron la nación y el Estado los liberales del territorio antillano, es decir, cómo se concibió el Estado desde la llamada «periferia» del imperio español, mostrando así la complejidad del proceso de construcción nacional español. Su concepto de nación fue elaborado por un grupo de intelectuales que contaban con el respaldo de una parte de la oligarquía azucarera habanera. Su objetivo fue buscar un encaje más ventajoso para la isla de Cuba y el resto de los territorios de Ultramar en el marco de la nación española en construcción a lo largo de la centuria decimonónica. Lo novedoso de esta investigación está en que profundiza en el conocimiento de ese proceso a través del estudio de una obra literaria, *Sab*, escrita por Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1841. Este texto sacudió a una oligarquía que evolucionaba hacia el capitalismo pero que, contradictoriamente, producía mercancías con esclavos, compraba títulos nobiliarios y asumía como propios los grandes lineamientos ideológicos burgueses. Sin embargo, si estudiamos la relación entre *Sab* y la construcción del

¹ MARX, Karl: *El colonialismo*, México DF, Grijalbo, 1970; WEBER, Max: *Estructuras de poder*, Buenos Aires, Leviatán, 1985; WALLERSTEIN, Emmanuel: *The modern world system*, Nueva York, Academia Press, 1974, vol. I.

² CHATTERJEE, Partha: «A Brief History of Subaltern Studies», en N. J. Smelser y P. B. Baltes (eds.), *International encyclopedia of the social and behavioral Sciences*, Oxford, Pergamon Press, 2001, vol. XXII, pp. 1537-1541; PRAKASH, Gyan: «Subaltern studies as postcolonial criticism», *American Historical*, 99, 5 (1994), pp. 1475-1490; SAID, Edward: *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2004; COOPER, Frederick: *Colonialism in question. Theory, knowledge and History*, Los Ángeles, University of California Press, 2005, pp. 3-54; DANIELS, Christine y KENNEDY, Michael V.: *Negotiated empires: centers and peripheries in the Americas, 1500-1820*, Nueva York, Routledge, 2002, pp. 2-15.

concepto de identidad nacional llevado a cabo por el círculo de intelectuales en torno a Domingo del Monte, podremos entender el por qué del gran impacto que esta obra causó en la época.

Para llevar a cabo este estudio es fundamental comprender que el concepto «nación», tal y como hoy lo entendemos, es una construcción de reciente creación en la historia; la historiografía, sin embargo, ha tardado bastante tiempo en aceptar este hecho. Desde el siglo XIX, el término «nación» fue usado para designar a aquellos grupos humanos que creían compartir algunas características culturales. Esto los legitimaba para poseer poder político, es decir, un Estado independiente o un Gobierno relativamente autónomo dentro de una estructura política más amplia. Pero los estudios sobre la idea de nación y el nacionalismo han cambiado mucho en los últimos cuarenta años. Por entonces Hans Kohn o Carlton Hayes no dudaban que las naciones fueran realidades naturales, y lo único que se debatía eran sus elementos definitorios³. Todo autor se veía obligado a hacer un repaso casi canónico por la raza, la lengua, la religión y el pasado histórico. Hacia 1960 Elie Kedourie observó que los Estados, necesitados de la adhesión de la población y, al mismo tiempo, al no poder permitir que se debatiese constantemente la identidad cultural en que apoyaban su legitimidad, realizaban un esfuerzo para orientar la voluntad de la población, para educarla. El problema nacional, concluía Kedourie, era una cuestión educativa, y el principal promotor de la educación política era el Estado. Plantear el problema así significaba dar una vuelta a los enfoques heredados. En vez de aceptar las identidades nacionales como realidades naturales, comenzaron a verse como creaciones artificiales, movidas por intereses políticos⁴. Todo este camino ha estado jalonado en los últimos treinta años con los estudios fundamentales de Ernest Gellner, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, entre otros⁵.

Los *Subaltern Studies* han contribuido, desde principios de la década de 1980, a avanzar en esta dirección. Esta escuela historiográfica ha subrayado la historicidad relativa del Estado-nación como organización política, y nos ha permitido comprender la historia de los imperios y de las relaciones coloniales desde la perspectiva de los colonizados, a conocer el papel de los grupos de la periferia de los imperios en la construcción de las naciones. En esta misma línea, la comparación entre los distintos modelos de evolución política y entre las propias regiones o territorios de un mismo imperio, propuesta por la ‘historia comparada’, ha servido para

³ KOHN, Hans: *The idea of nationalism: a study in its origins and background*, New York, The Macmillan Company, 1944; HAYES, Carlton: *Nationalism: a religion*, New York, The Macmillan Company, 1960.

⁴ KEDOURIE, Elie: *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1960.

⁵ GELLNER, ERNEST: *Nationalism*, Barcelona, Destino, 1998; ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; HOBBSAWM, Eric: *Nation and nationalism from 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.

relativizar el papel del Estado-nación y conocer la complejidad interna de estos territorios. Finalmente, al poner el acento en las relaciones entre grupos humanos insertos en «comunidades imaginadas» diferentes, la «historia transnacional» también nos ha permitido alcanzar una visión más compleja de las relaciones internas que se establecieron en el seno de las organizaciones imperiales. Estas no fueron sólo relaciones estructurales polarizadas en Estados centrales —colonizadores— y Estados periféricos —colonizados—, sino entidades que se sustentaban en redes de relación mucho más complejas y que eran de naturaleza económica, social y cultural. Esto nos ha dado la posibilidad de descubrir las distintas voces que se comunicaban en esa relación y los procesos de mestizaje que se produjeron⁶.

El proceso de construcción de un canal literario

Con esta perspectiva historiográfica como trasfondo, vamos a tratar de explicar cuál fue el concepto de identidad que construyeron los liberales autonomistas desde el Caribe y los problemas a los que se tuvieron que enfrentar. En la primera mitad del siglo XIX se produjo el tránsito del Antiguo Régimen al sistema liberal en el Imperio español. La corona, arrastrada por las circunstancias, se vio obligada a reconvertir el territorio peninsular en un Estado nacional al estilo del francés. Esta idea tomó más fuerza a partir de la llegada de las tropas de Napoleón Bonaparte a la Península en 1808, la redacción de la Constitución de Cádiz de 1812 y posteriormente, tras el reestablecimiento del absolutismo entre 1814 y 1820, durante la vuelta al liberalismo entre 1821 y 1823⁷. Al mismo tiempo que se producían estas transformaciones en la metrópoli, los distintos Gobiernos tuvieron que plantearse qué papel jugaban los dominios americanos en el naciente Estado español. La mayoría de los liberales peninsulares, y una parte de la elite antillana, se fueron decantando por no insertar a los territorios de Ultramar dentro del proceso de formación del Estado liberal, y darles una categoría inferior políticamente a través de la legislación, porque de hecho ya era así⁸. Paralelamente a esta acción política, desde la Península, se llevó a cabo la difusión de un entramado cultural que pretendía justificar esta operación legislativa. En este segundo aspecto jugaron un papel fundamental las sociedades económicas y para el caso cubano, específicamente, la Sociedad Económica de La Habana, que fue constituida como órgano difusor del proyecto «identitario» gubernativo⁹.

⁶ BLOCH, Marc: «Pour une histoire compare des sociétés européennes», *Revue de Synthèse Historique*, 46 (1928), pp. 15-50; ESPAGNE, Michael y WERNER, Michael (eds.): *Transferts: les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand (XVIII^e et XIX^e siècle)*, Paris, Editions Recherche sur les civilisations, 1988.

⁷ FONTANA, Josep: *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979; y *La quiebra de la Monarquía absoluta 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1971.

⁸ FRADERA, Josep M.^a: *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005.

⁹ AGUILERA MANZANO, José M.^a: *La formación de la identidad cubana. El debate Saco-La Sagra*, Sevilla, CSIC, 2005.

Sin embargo, este plan encontró muchos obstáculos en su camino, pues durante la década de 1820 las Antillas y, concretamente, La Habana se había convertido en uno de los centros económicos más importantes del Imperio español, liderando esta riqueza el sector de hacendados al frente del cual estaba Francisco Arango y Parreño, y en el que se integraban las familias Aldama, Alfonso y Soler. En poco tiempo quisieron que su peso económico se correspondiera con el liderazgo en la sociedad sobre la que estaban asentados. Para ello intentaron usar el discurso político y la legislación liberal como instrumento, pero esto sólo fue posible hacerlo, de forma muy restringida, durante el periodo comprendido entre la muerte de Fernando VII, a finales de 1833, con la consiguiente restauración del liberalismo, y 1837, en que la isla fue excluida de la estructura liberal en construcción mediante la expulsión de sus diputados de cortes. Por ello, paralelamente también elaboraron un andamiaje cultural que daba fundamento ideológico y completaba a la acción política, y Domingo del Monte fue el encargado de darle forma a través de la Sociedad Económica. Este proyecto no estuvo plenamente armado desde un principio sino que se fue negociando y modificando a lo largo del tiempo. La población de color no estaba incluida en este esquema sino sólo los criollos con orígenes peninsulares¹⁰.

En este proceso los distintos grupos liberales emplearon varios instrumentos, entre ellos: primero, la construcción de un entramado educativo que diera legitimidad a los principios del nuevo sistema; segundo, la escritura de la historia de ese nuevo Estado con la misma intención y, tercero, la creación de una tradición literaria a través de publicaciones periódica y de una literatura propia. En relación con el tercer punto, Benedict Anderson ha sabido explicar cómo los periódicos y otras publicaciones fueron fundamentales a la hora de crear esas identidades. El boom de la imprenta y el desarrollo del capitalismo impreso hizo posible la difusión de poesías, novelas y periódicos, que fueron el medio que permitió la representación de lo que él llama «comunidad imaginada»¹¹.

Al entrar en contacto con los románticos peninsulares, durante su viaje a la península para graduarse en Derecho a finales de la década de 1820, Domingo del Monte aprendió que las publicaciones de tema literario y científico, sabiéndolas conducir por el camino correcto, eran un arma muy eficaz por donde se podía introducir el concepto de identidad que él pretendía, en sustitución del discurso político, prohibido por la censura. Para desarrollar el tercer punto, la creación de una tradición literaria a través de publicaciones periódicas y una literatura propia, era necesario, primero, la elaboración de una literatura que expresara las ideas y

¹⁰ PÉREZ DE LA RIVA, Juan: *Correspondencia reservada del capitán general don Miguel Tacón, 1834-1836*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1963.

¹¹ ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 18-23.

conceptos que se pretendían transmitir y, segundo, abrir un canal o sistema de difusión de este pensamiento que funcionara con fluidez entre todos los lugares del territorio cubano¹².

Del Monte constituyó un núcleo de intelectuales que dieron forma literaria a las ideas y el pensamiento a transmitir, cuyo centro radicó, en principio, en torno a los periódicos *El Puntero Literario* y *El Recreo Semanal del Bello Sexo*, subvencionados por la Sociedad Económica, y la publicación de la obra *Rimas Americanas*¹³. Algún tiempo después dieron forma legal al grupo a través de la puesta en marcha de la Comisión de Literatura y, cuando ésta se disolvió por las presiones de otros grupos liberales, en la tertulia particular de la casa de del Monte¹⁴. En estos centros, con sede todos en La Habana, participaron principalmente intelectuales que vivían en esta ciudad o sus alrededores, entre los que destacaron Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cirilo Villaverde y Anselmo Suárez Romero, que dieron a conocer sus ideas a través de publicaciones periódicas o libros conjuntos publicados en La Habana, mayoritariamente. El sistema se completaba con la difusión de ese pensamiento por el resto de la isla, para lo cual del Monte se valió de la amistad que mantuvo, mediante carta, con algunos de los personajes más ilustrados de las localidades principales, y que generalmente eran miembros de las diputaciones que la Sociedad Económica mantenía en esos lugares. Estos ilustrados reimprimían en los periódicos de sus ciudades las obras que previamente eran impresas en las publicaciones de La Habana y que el grupo de del Monte se encargaba de enviarles por correo. A su vez, estos pensadores locales le enviaban al grupo de La Habana para publicar las mejores producciones del resto de las principales localidades de la isla, cuando las había. No obstante, esta relación fue desigual y mayor en la dirección que iba desde La Habana hacia el resto de la mayor de las Antillas, con algunas excepciones. Por otro lado, el grupo de La Habana se nutría de las ideas y producciones que le llegaban desde el extranjero, fundamentalmente distintos puntos de Estados Unidos, París, de varias ciudades de la Península y, en menor medida, Londres¹⁵.

Esto lo pudieron realizar porque Domingo del Monte logró penetrar en los órganos de poder de la Sociedad Económica, al ser nombrado secretario de la Sección de Educación de la Sociedad. Quiso ir más allá y, por eso, desde 1829

¹² MARTÍNEZ, Urbano: *Domingo del Monte y su tiempo*, La Habana, Unión, 1997.

¹³ HERRERA DÁVILA, Ignacio (comp.): *Rimas americanas*, La Habana, 1833; VVAA: *Diccionario de la literatura cubana*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística, 1984, vols. I y II; BATISTA VILLAREAL, Teresa: *Catálogo de publicaciones periódicas cubanas de los siglos XVIII y XIX*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1965.

¹⁴ MARTÍNEZ, Urbano: *Domingo del Monte...*, *op. cit.*

¹⁵ MONTE, Domingo del: *Centón epistolario*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2002, vols. I al VII; y *Escritos de Domingo del Monte*, vols. I y II, La Habana, Cultural, 1929.

intentó poner en marcha una clase de literatura dentro de esta institución, pero se le negó la autorización y en su lugar se permitió la creación de una Comisión Permanente de Literatura, bajo la tutela de la Sección de Educación¹⁶. Aunque el experimento de la Comisión de Literatura terminó siendo reprimido en 1834, durante los años que funcionó aportó elementos muy importantes en la formación de un concepto de identidad distinto al que se trataba de implantar desde la metrópoli y que reducía a los territorios de Ultramar a colonias. La Comisión puso en marcha en 1831 un concurso literario, cuya pretensión era dar a conocer a los jóvenes valores de la isla, y también realizó un *Diccionario de los provincialismos cubanos*, donde se incluían 700 vocablos «propios de Cuba»¹⁷. Además, del Monte consiguió que la Sociedad subvencionara varios periódicos literarios, desde donde también construyó su concepto de identidad: *El Puntero Literario*, *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo* y, sobre todo, la *Revista Bimestre Cubana*¹⁸.

Tras el cierre de la Academia de Literatura, Domingo del Monte decidió ir a pasar algún tiempo a los ingenios que los Aldama tenían en Matanzas, donde vivía su propia familia. Allí se reencontró con su amigo Félix Tancó y con José Miguel Angulo. De vuelta en La Habana organizó unas tertulias con el grupo de pensadores que había formado parte de la Academia de Literatura. Éstas eran una forma de continuar su proyecto de creación cultural de forma privada y, por tanto, mucho menos controlada desde el ámbito oficial. En estas charlas comenzaron a sobresalir las obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que eran discutidas y corregidas por otros miembros de la tertulia como José Zacarías y Manuel González del Valle, Ramón de Palma, Juan Francisco Manzano y Gabriel de la Concepción Valdés —Plácido—¹⁹. Durante este periodo, del Monte se centró en su labor de ideólogo desde un segundo plano, dejando la producción de textos al grupo de escritores que lo rodeaba. Aunque se alejó de la Sociedad Económica, todas las obras de esta etapa fueron saliendo a la luz en publicaciones periódicas para las que consiguió subvenciones de esta institución. En 1837 se publicó *El Aguinaldo Habanero* y entre 1838 y 1845 *El Plantel*, *El Álbum*, *La Cartera Cubana* y *La Siempreviva*²⁰.

¹⁶ Eran miembros de la Comisión Domingo del Monte, Manuel González del Valle, Ignacio Valdés Machuca, Agustín Govantes, Nicolás de Cárdenas y Manzano, Blas Osés y Vicente Osés, Felipe Poey, Prudencio de Hecheverría y O'Gaban y José Antonio Saco. MONTE, Domingo del: «Exposición de las tareas de la Comisión de Literatura», *Actas de la Sociedad Económica de La Habana*, 1830 y 1831.

¹⁷ PICHARDO, Esteban: *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*, la primera edición se hizo en 1836 en la Imprenta de la Real Marina de Matanzas, aunque su inicio se produjo en la Academia de Literatura.

¹⁸ VVAA: *Diccionario de la...*, *op.cit.*, vols. I y II; BATISTA VILLAREAL, Teresa: *Catálogo de publicaciones...*, *op. cit.*

¹⁹ MONTE, Domingo del: *Centón epistolario...*, *op. cit.*, vols. I al VII.

²⁰ VVAA: *Diccionario de la...*, *op.cit.*, vols. I y II; BATISTA VILLAREAL, Teresa: *Catálogo de publicaciones...*, *op. cit.*

A pesar de responder a los esfuerzos económicos que se les pedían desde la metrópoli, las elites antillanas fueron excluidas poco a poco del Estado liberal en construcción²¹. El levantamiento liberal que tuvo lugar en Santiago de Cuba, en 1836, protagonizado por el Gobernador de la provincia Oriental, Manuel Lorenzo, para que se proclamara en la isla la Constitución de 1812, como había sucedido en la Península poco antes, sirvió de excusa para justificar la no inclusión de Cuba y el resto de las posesiones coloniales en la Constitución de 1837. Se decidió que los dominios de Ultramar serían gobernados a través de las Leyes de Indias, válidas para un sistema de Despotismo Ilustrado, pero que no se adaptaban a las necesidades de la economía y la sociedad en expansión de la mayor de las Antillas²².

Gertrudis Gómez de Avellaneda y su novela Sab

A pesar de la expulsión de los diputados antillanos de las cortes, el grupo de pensadores en torno a del Monte nunca desistió en su proyecto. Debido a la ley de censura impuesta en la isla de Cuba a partir de 1834, estas ideas no se pudieron expresar en textos políticos, sino a través de obras literarias y científicas, mucho menos controladas por la censura. La obra *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda es, junto al drama *El Conde Alarcos* de José Jacinto Milanés, la novela *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, *Francisco*, de Anselmo Suárez Romero, y *Matanzas y Yumurí* de Ramón de Palma, la expresión más acabada del concepto de identidad que estaba creando el círculo en torno a Domingo del Monte²³.

Gertrudis Gómez de Avellaneda era la única mujer que formó parte del círculo intelectual en torno a Domingo del Monte²⁴. No había nacido en La Habana sino en Puerto Príncipe, actual ciudad de Camagüey, y en este territorio ambienta sus obras. La Avellaneda escribió *Guizimotzín, último emperador de Méjico* y otras

²¹ FONTANA, Josep: *La crisis del...*, op. cit.; ARTOLA, Miguel: *Antiguo Régimen y Revolución liberal*, Barcelona, Ariel Historia, 1979; FRADERA, Josep M.ª: *Colonias para después...*, op. cit., pp. 20-22.

²² Aunque ésta fue la actitud del Gobierno, en la Península no todos los sectores liberales estuvieron de acuerdo con la medida. Los sectores liberales más críticos con esta decisión eran aquéllos que tenían intereses en la economía de la isla de Cuba y que pensaban que una política tan restrictiva era peligrosa., Ultramar: 36, leg. 4603. Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN); PÉREZ DE LA RIVA, Juan: *Correspondencia reservada del...*, op. cit., pp. 31-32; GARCÍA, Albert: «Tradició liberal i política colonial a Catalunya. Mig segle de temptatives i limitacions, 1822-1872», en VVAA, *Catalunya i Ultramar. Poder i negoci a les colònies espanyoles, 1750-1914*, Barcelona, Consorci de Drassanes, 1999, pp. 77-106.

²³ MILANÉS, José Jacinto: *El Conde Alarcos*, La Habana, Imprenta de la Sociedad Económica, 1838; VILLAVERDE, Cirilo: *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel. Novela de costumbres cubanas*, Nueva York, Imprenta de El Espejo, 1882; PALMA, Ramón de: «Matanzas y Yumurí», *El Aguinaldo Habanero* (1837).

²⁴ Eran miembros del grupo de Domingo del Monte, Manuel González del Valle, Ignacio Valdés Machuca, Agustín Govantes, Nicolás de Cárdenas y Manzano, Blas Osés y Vicente Osés, Felipe Poey, José Antonio Saco, José Jacinto Milanés, Ramón de Palma, Gabriel de la Concepción Valdés, Juan Francisco Manzano, además de Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez Romero y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

muchas obras, pero es *Sab* la que debe ser considerada su obra maestra²⁵. En esta novela, escrita y publicada en la Península, la autora de Puerto Príncipe nos relata una historia de amor romántico imposible. Sab, un esclavo mulato, se enamora de una joven blanca, Carlota, la hija de su amo, don Carlos, y prometida del comerciante de origen inglés Enrique Otway. Al enterarse el último de que los asuntos económicos de su futuro suegro no marchaban como creía, y presionado por su propio padre, intentó romper con Carlota. Sab, conocedor del amor que la joven profesaba al inglés, sacrificó en secreto el suyo propio para conseguir la felicidad de su amada, e hizo creer a Otway que la joven era ganadora de un premio de lotería que realmente correspondía al mulato. En la carrera por llegar a tiempo con el mensaje a Otway, Sab se causa un daño irreparable, del cual murió, en el mismo instante en que la joven criolla y el inglés se estaban casando²⁶.

El primer objetivo de la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda era que ésta sirviera para describir la naturaleza peculiar de Cuba y el Caribe y, sobre todo, las características del principal sector productivo de la isla: la recogida y transformación de la caña de azúcar, como un paso fundamental en la construcción del entramado «identitario» al que ella y su grupo estaban dando forma. La obra se desarrolla en el territorio de la jurisdicción de Puerto Príncipe y no en La Habana o sus alrededores. No obstante, solamente se describen ciertos lugares específicos: el ingenio azucarero de Bellavista, el camino de Cubitas, el pequeño poblado del mismo nombre y sus famosas cuevas, el puerto de Guanaja y la ciudad de Puerto Príncipe. Los escenarios, inspirados sin duda en el mundo que conoció la autora en su infancia y adolescencia, surgen embellecidos por su imaginación. Aparecen perfectamente descritos la sabana, las lomas de una sierra en cuyas cuevas se escondieron en un tiempo los indios y luego los esclavos cimarrones, los bohíos, los arroyos, y toda la flora y la fauna de Cuba y el Caribe en un conjunto paradisíaco²⁷.

²⁵ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: «Guatimozín, último emperador de Méjico», en S. Reyes Nevares, *Novelas selectas de Hispanoamérica del siglo XIX*, Barcelona, Labor, 1960, pp. 59-284.

²⁶ Gertrudis Gómez de Avellanada había nacido el 23 de marzo de 1814 en Puerto Príncipe. Se casó dos veces, una con Pedro Sabater en 1846, de quien enviudó a los tres meses, y otra en 1855 con Domingo Verdugo, gentilhombre de Cámara del Rey. La Avellaneda fue amiga de Juan Nicasio Gallego y de José Zorrilla

La obra *Sab* la comenzó en torno a 1837 y la concluyó hacia 1840. La única edición de *Sab* hecha por su autora fue la primera, que dedicó a su amigo Alberto Lista. Fue impresa en la Imprenta de la Calle del Barco número 26 en Madrid en 1841. Cada capítulo lo inicia con la cita de un autor romántico español con el que la Avellaneda tenía bastante relación, como José Nicasio Gallego, Alberto Lista, José de Larra y Manuel José Quintana.

²⁷ PEERS, E. Allison: *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1967; GUZMÁN, Diego Rafael: *De la novela; sus orígenes y desenvolvimiento*, Bogotá, Editorial Minerva, 1935; CARRILLA, Emilio: *El romanticismo en la América hispana*, Madrid, Gredos, 1967, volumen II.

Como parte esencial del ambiente se evidencia en la obra lo económico. Pero no narró esta actividad económica de la oligarquía tomando como protagonista a un hacendado azucarero, sino que lo hizo a través de la historia de un esclavo. Sab y su vida le sirvieron a la autora para describir el sistema productivo de los ingenios habaneros y la actividad asociada a ellos. La Avellaneda dibujó minuciosamente a lo largo de toda la novela las características del ingenio, el proceso de siembra, recogida y elaboración de la caña hasta su transformación en azúcar, al mismo tiempo que puso el acento en los cambios que había practicado para hacer más competitiva esta actividad en el mercado internacional. El mundo en el que se mueven los actores es una sociedad esclavista. Esos personajes pertenecen, unos a la clase que posee esclavos, otros a los desposeídos de todo derecho, hasta de su dignidad de seres humanos. No importa cuán benigno aparezca el trato dado a los esclavos en Bellavista: el hecho cierto es que el bonachón de don Carlos, la inocente Carlota y todos los integrantes de su clase, viven y satisfacen sus necesidades vitales con el producto del trabajo de los esclavos. Desde las primeras páginas ya se habla de la producción azucarera y de la dotación de esclavos del ingenio, y se retrata por boca de Sab la penosa condición de los que no alcanzan más pago que dos horas de sueño y una escasa ración de comida por su trabajo²⁸:

La vida de un esclavo es una vida terrible a la verdad. Bajo este cielo de fuego el esclavo casi desnudo trabaja toda la mañana sin descanso, y a la hora terrible del mediodía, jadeando, abrumado bajo el peso de la leña y de la caña que conduce sobre sus espaldas, y abrasado por los rayos del sol que tuesta su cutis, llega el infeliz a gozar todos los placeres que tiene él en la vida: dos horas de sueño y una escasa ración. Cuando la noche viene con sus brisas y sus sombras a consolar a la tierra abrasada, y toda la naturaleza descansa, el esclavo va a regar con su sudor y con sus lágrimas al recinto donde la noche no tiene sombras, ni la brisa fresca: por que allí el fuego de la leña ha sustituido al fuego del sol, y el infeliz negro, girando sin cesar en torno de la máquina que arranca a la caña su dulce jugo, y de las calderas de metal en las que este jugo se convierte en miel a la acción del fuego, ve pasar hora tras hora, y el sol que torna le encuentra todavía allí [...] ²⁹.

El segundo objetivo de la Avellaneda era hacer un estudio de la organización social de la isla. Es una crítica a la trata de esclavos, como también lo fueron las novelas *Francisco* y *Cecilia Valdés*. Esta era una cuestión fundamental con la que era necesario acabar para avanzar en el proceso de construcción de identidad y para situar a la isla dentro del Estado en construcción; pero además, también introduce la cuestión del papel del mundo indígena en la construcción de la identidad cubana. Hasta aquí la descripción de la sociedad que hace la autora, pero la Avellaneda

²⁸ RIVAS, Mercedes: *Literatura y esclavitud en la novela cubana del siglo XIX*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1990.

²⁹ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Sab*, La Habana, Arte y Literatura, 1976, pp. 128-129.

también inserta la idea de cómo debería ser la sociedad cubana y antillana, la identidad en construcción.

La autora comienza describiendo el ingenio Bellavista y la situación infrahumana de los esclavos que no eran considerados personas sino propiedades. En esta plantación sitúa al protagonista de la novela, Sab, que era un mulato esclavo de don Carlos nombrado mayoral. Este cargo, que era el de director o capataz que mandaba y presidía el trabajo de los esclavos, rarísima vez se confería a un esclavo; cuando así acontecía, éste lo debía considerar el mayor honor que podía dispensársele. Aunque su nombre de bautismo era Bernabé, su madre, que nació libre y princesa en las costas del Congo en África y que fue conducida a la isla de Cuba por los traficantes de esclavos, lo llamaba por el nombre bosquimano de Sab, igual que la Avellaneda³⁰. Sab era un esclavo mulato excepcional porque había recibido educación y, por tanto, era capaz de pensar y expresar las contradicciones del sistema esclavista con el liberalismo. Él tenía conciencia de que, a pesar de ser considerado esclavo, era una persona y no una cosa y además, aunque tuvo en algunos momentos el poder para subvertir el orden establecido, no lo hizo:

¡Los peligros! Repitió tristemente el mulato, ellos no lo prevenían, porque no sospecharon nunca que el pobre esclavo tuviera un corazón de hombre: ellos no creyeron que Carlota fuese a mis ojos sino un objeto de veneración y de culto [...] yo la amaba [...] Entonces recordé que era vástago de una raza envilecida [...] pero la naturaleza no ha sido menos nuestra madre que la vuestra. ¿Rehusa el sol su luz a las regiones en que habita el negro salvaje? ¿Sécense los arroyos para no apagar su sed? ¿No tienen para él conciertos las aves, ni perfumes las flores? [...] Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre común, que en vano les ha dicho: sois hermanos. Dios ¿podrá sancionar los códigos inicuos en los que el hombre funda sus derechos para comprar y vender al hombre?³¹.

Las contradicciones de Sab con el mundo que lo rodea no se resuelven en rebeldía, sino en acatamiento, que tiene como causa el amor que le inspira Carlota. Siendo un apasionado de la libertad, es siervo del afecto, y se somete gustoso a esa esclavitud. No sólo no lucha por romper el yugo, que en su caso ya está roto pues su ama le concede la libertad, sino que renuncia a la plenitud del derecho social que Carlota y su padre le conceden³².

Calló un momento, y Teresa vio brillar sus ojos con un fuego siniestro y le dijo. ¡Sab!, ¡Me habrás llamado a este sitio para descubrirme algún proyecto

³⁰ *Ibidem*, p. 131; SUÁREZ ROMERO, Anselmo: *Francisco. Novela cubana*, Nueva York, 1880; RIVAS, Mercedes: *Literatura y esclavitud...*, *op. cit.*, pp. 173-184.

³¹ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gerttudis: *Sab...*, *op. cit.*, p. 275.

³² ANDRADE, Coello: *La novela en América; sus raíces*, Quito, Imprenta del Ministerio de Educación, 1941; ALLOT, Miriam: *Novelist and the novel*, Londres, Routledge and Kegan, 1960; CARRILLA, Emilio: *El romanticismo en la América hispana*, Madrid, Gredos, 1967.

de conjuración de los negros? ¿Qué peligro nos amenaza? ¿Serás tú uno de los [...]? No, la interrumpió él con amarga sonrisa. Tranquilízalos Teresa, ningún peligro os amenaza; los esclavos arrastran pacientemente su cadena: acaso sólo necesitan para romperla oír una voz que les grite: ¡Sois hombres!, pero esa voz no será la mía, podéis creerlo³³.

Como Sab, Carlota vive dominada por los sentimientos. En ella representa la Avellaneda al mundo criollo. Es magnánima por naturaleza, pero no alcanza a ver los problemas en toda su amplitud, ni se le ocurre que puede estar en sus manos. Concede a Sab la libertad, pero como premio, no como un derecho reconocido. Sin embargo, la da como quien supone que si cada cual hiciera otro tanto, quedaría resuelto el gravísimo problema social que esta cuestión representaba:

Quando yo sea la esposa de Enrique, añadió después de un momento de silencio, ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros ¿Qué importa ser menos ricos? ¿Seremos por eso menos dichosos? Una choza con Enrique es bastante para mí, y para él no habrá riqueza preferible a mi gratitud y amor³⁴.

Enrique Otway es el rival que disputa el amor de Carlota a Sab. La Avellaneda lo hace nacer en Inglaterra, de padre judío, y fijar su residencia en Cuba por motivos económico. Otway es un egoísta, un ambicioso. En él ni siquiera la palabra empeñada, el honor, tiene peso suficiente para impedirle romper el compromiso de matrimonio con Carlota, que no llega a poner en práctica hasta a la intervención oportuna de Sab y el mensaje que lleva. Como su padre, Enrique Otway veía el dinero como el mayor y más deseable de los bienes obtenibles en la tierra. Todo lo supeditaba al afán de ganar dinero. Jorjue Otway, como su hijo Enrique, representaba a esos extranjeros comerciantes que se enriquecieron partiendo de cero en aquel territorio nuevo y fecundo. Era inglés: había sido buhonero algunos años en los Estados Unidos, después en la ciudad de La Habana, y finalmente había llegado a Puerto Príncipe traficando con lienzos. Llevaba consigo un hijo de seis años, único fruto que le quedaba de su matrimonio. Se asoció con unos catalanes y abrió un almacén con toda clase de lencería hasta hacerse bastante rico y poder mandar a estudiar a su hijo a Londres, de donde había vuelto para hacerse cargo del negocio, cuando el padre se hizo mayor³⁵. Este personaje lo introduce la Avellaneda para criticar a la indolente sociedad cubana, que había permitido que los extranjeros se aprovecharan de la riqueza de la isla y la saquearan en sus ramos de agricultura, comercio e industria. El criollo, con su dejadez, había terminado vendiendo la «*patria*» a los extranjeros que había convertido a la isla en un negocio

³³ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Sab...*, *op. cit.*, pp. 210-220.

³⁴ *Ibidem*, pp. 165-166.

³⁵ *Ibidem*, pp. 141-142; GUZMÁN, Diego Rafael: *De la novela; sus orígenes y desenvolvimiento*, Bogotá, Editorial Minerva, 1935; SALAZAR Y ROIG, Salvador: «La novela en Cuba: sus manifestaciones y posibilidades», *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras*, 16 (1931).

de donde extraer dinero y luego retirarse con los beneficios a su país de origen, dejando abandonado aquel territorio a su suerte. Tras la muerte de don Carlos, su yerno, que lo había heredado todo, se marchó a Londres a vivir de la fortuna amasada en Cuba³⁶:

Los dos ingleses sostenían su casa bajo un pie brillante. Pero aquellas bellas apariencias, y aun las ventajas reales de la vida, estaban fundadas y sostenidas por la incesante actividad, por la perenne especulación y por un fatigante desvelo [...] Carlota no podía desaprobar con justicia la conducta de su marido ni debía quejarse de su suerte, pero a pesar suyo se sentía oprimida por todo lo que tenía de serio y material aquella vida del comercio. Mientras vivió su padre, hombre dulce, indolente como ella, y con el cual podía ser impunemente pueril, fantástica y apasionada, pudo estar también menos en contacto con su nuevo destino³⁷.

Junto al problema de la esclavitud, el segundo gran tema que se desarrolla en la obra de la Avellaneda es el estudio del papel que juegan los indígenas en la construcción de la identidad en las Antillas. Las escenas sobre el mundo primitivo de la isla tienen lugar al lado de las cuevas de Cubitas, como no podía ser de otro modo; esta es la zona de Cuba más auténtica y natural, donde aún persistían algunos restos en forma de pinturas rudimentarias del mundo indio. Estas construcciones naturales están en la sierra del mismo nombre, que se extiende de este a oeste en la parte norte de la actual provincia de Camagüey. Estas cuevas son ciertamente una obra admirable de la naturaleza, un conjunto de galerías laberínticas que dan idea de «*los tesoros que guardaba América y que los europeos esquilmaron*»³⁸. Pero las cuevas no sólo guardaban los recursos naturales de Cuba, sino también restos de sus primeros habitantes:

Los naturales hacen notar en la cueva llamada de María Teresa pinturas bizarras designadas en las paredes con tintas de vivísimos colores, que aseguran ser obra de los indios, y mil tradiciones maravillosas prestan cierto encanto a aquellos subterráneos desconocidos; que realizando las fabulosas descripciones de los poetas recuerdan los misteriosos palacios de las hadas...³⁹.

En la estancia de Cubitas habitaban los últimos representantes del mundo indígena, la vieja Martina y uno de sus nietos, Luis, en la más absoluta miseria. La familia de la anciana, como el pueblo al que representaba, había muerto en un gran incendio y su único pariente era un nieto enfermo, «más cadáver que ser vivo»,

³⁶ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertudis: *Sab..., op. cit.*, pp. 144 y 282-284; RIVAS, Mercedes: *Literatura y esclavitud...*, *op. cit.*, pp. 203-205.

³⁷ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertudis: *Sab..., op. cit.*, p. 269.

³⁸ *Ibidem*, p. 191; MELÉNDEZ, Concepción: *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961; BACHILLER Y MORALES, Antonio: *Cuba primitiva: origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas Mayores y las Lucayas*, La Habana, Librería Miguel de Villa, 1883.

³⁹ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertudis: *Sab..., op. cit.*, p. 203.

que morirá al final de la obra. Ambos eran mantenidos económicamente por don Carlos en agradecimiento al trabajo como mayoral que el hijo de la india había desempeñado en su estancia y también por «un cierto respeto hacia esa venerable anciana». Martina era considerada por todos los habitantes de esa zona la descendiente directa del cacique Camagüey, el último señor indígena de esa provincia y en cuyo honor actualmente la ciudad de Puerto Príncipe se llama como él⁴⁰. Según contaba Martina, el indio Camagüey fue asesinado de una forma horrible y bárbara por los castellanos, a quienes había acogido previamente con generosa y franca hospitalidad. El indio fue arrojado vivo desde la cumbre de la gran loma que presidía la zona de Cubitas y su cuerpo despedazado quedó insepulto sobre la tierra regada con su sangre. Desde entonces esa tierra se volvió roja en muchas leguas a la redonda, y el alma del desventurado cacique aparecía todas las noches sobre la loma, en forma de un haz de luz que lo iluminaba todo, a anunciar a los descendientes de sus bárbaros asesinos la venganza del cielo que tarde o temprano caería sobre ellos⁴¹:

Arrebatada Martina por el furor de venganza hacia sus ancestros, concluyó vaticinando que la tierra que fue regada con sangre una vez lo será aún otra: los descendientes de los opresores serán oprimidos, y los hombres negros serán los terribles vengadores de los hombres cobrizos⁴².

Hasta aquí la descripción de la sociedad que hace la autora, pero la Avellaneda también introduce la idea de cómo debería ser la sociedad de la isla, para lo cual explica que durante la visita de don Carlos y su familia a Cubitas, éste organizó un almuerzo donde los distintos grupos sociales de la isla: los blancos criollos, los extranjeros comerciantes, los esclavos y los indios, se sentaron en la misma mesa a comer en igualdad, sin superioridad de unos sobre otros:

Servida la comida, el señor don Carlos quiso absolutamente que se sentasen con ellos no solamente Martina sino también Sab. La vieja india, que pasado el primer momento del entusiasmo de su gratitud, había recobrado su aire ridículamente majestuoso, y tal cual ella creía convenir a la descendiente de un cacique, ocupó sin hacerse de rogar una cabecera de la mesa, y Sab se vio precisado por su amo a colocarse en un frente, en medio a la mayor de sus niñas y a Teresa⁴³.

La muerte de Luis, el nieto de Martina, al final de la novela, representa la muerte del penúltimo indio. Cuando esto ocurrió la anciana, que lo había cuidado

⁴⁰ GUERRA SÁNCHEZ, Ramiro: *Historia de la nación cubana*, La Habana, Historia de la nación cubana SA, 1952, vol. III.

⁴¹ SHAW, Donal L.: *Historia de la literatura española. El siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 2000; BACHILLER Y MORALES, Antonio: *Apuntes para la historia de las letras y la instrucción pública de la isla de Cuba*, La Habana, Cultural, 1937, vols. I al III; MELÉNDEZ, Concepción: *La novela indianista...*, *op. cit.*

⁴² GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Sab...*, *op. cit.*, p. 188.

⁴³ *Ibidem*, p. 201.

en sus últimos días con la ayuda de Sab, le dijo al mulato: «Es el último, Sab, es mi último pariente, el último lazo que me une a la vida, y me siento débil en este momento»⁴⁴. Justo al lado de Luis murió Sab:

En aquella hora enterraban en Cubitas dos cadáveres, de un hombre y de un niño; y una vieja lloraba sobre un lecho manchado de sangre, y un perro aullaba a sus pies. Y en aquella hora Carlota y Enrique eran felices, porque se amaban, porque se habían casado aquel día [...] ⁴⁵.

Tras la defunción de ambos, Martina, durante sus últimos seis meses de vida, visitó cada atardecer sus tumbas, representantes del mundo negro esclavo y de los indígenas muertos, mientras el mundo criollo, Carlota, había vendido su tierra, la isla de Cuba a los comerciantes extranjeros al casarse con Carlos Otway⁴⁶. Pero, a los pocos meses de contraer nupcias, la joven cubana descubrió la verdadera naturaleza de su marido, que dejó de ser «amable y cariñoso» para centrar su vida en el enriquecimiento a través de sus negocios y de la dote de Carlota. Profundamente decepcionada, ésta se trasladó a Cubitas y allí sustituyó a Martina en sus visitas a las tumbas de Sab, Luis y de la descendiente de Camagüey, reconciliándose así con su pueblo:

Trasladóse a Cubitas, donde fue recibida por todos aquellos honrados labriegos con manifestaciones del mayor regocijo. Su primer cuidado fue preguntar por la vieja Martina al mayoral de la estancia, pero con gran pesar supo que había muerto hacía seis meses, al final de su paseo de todos los días.

Carlota no tuvo necesidad de preguntar cuál era su paseo, pues un labriego que se hallaba presente añadió inmediatamente. Todas las noches cuando venía yo de mi estancia veía dos bultos, uno grande y otro más pequeño, a los dos lados de la cruz de madera que pusimos sobre la sepultura del pobre Sab, y donde también enterramos al nieto de Martina. Aquellos dos bultos no llamaban ya la atención de nadie: todos sabíamos que eran la vieja y el perro.

La señora Otway despidió a los dos interlocutores. Ella permaneció más de tres meses en Cubitas, pero su salud continuaba en tal mal estado que vivía en el retiro más absoluto y nadie volvió a verla por la aldea. Mientras tanto, circulaba rápidamente la voz de un acontecimiento maravilloso, cual era que la vieja india, al cabo de medio año de estar enterrada, volvía todas las noches a su paseo habitual, y que se la veía arrodillarse junto a la cruz de madera que señalaba la sepultura de Sab, exactamente a la misma hora en que lo hacía mientras vivió y con el mismo perro por compañero. Este rumor encontró fácil acceso, pues siempre se había creído en Cubitas que Martina no era una criatura como las demás. Los más incrédulos quisieron observar aquella pretendida aparición, y

⁴⁴ *Ibidem*, p. 252.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 265-266.

⁴⁶ ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 76-78; MARQUÉS DE FIGUEROA: «Fernán Caballero y la novela de su tiempo», en *La España del siglo XIX*, Madrid, 1886, pp. 297-323; RIVAS, Mercedes: *Literatura y esclavitud...*, *op. cit.*

el asombro fue grande y la certeza absoluta cuando esto mismo confirmaron la verdad del hecho; sólo sí que adornado con la extraña circunstancia de que la vieja india al volver a la tierra, se había transformado de una manera singular, pues los que la había sorprendido en su visita nocturna aseguraban que no era ya ni vieja, ni flaca, ni de color aceitunado, sino joven, blanca y hermosa cuando podía conjeturarse, pues siempre tenía cubierto el rostro con una gasa.

El ruido de esta visión ocupaba exclusivamente las noches ociosas de los labriegos y nadie se acordó más de Carlota, hasta el día en que, agravándose su dolencia, se vio precisada a volverse a Puerto Príncipe. Por una coincidencia singular, aquel mismo día murió el perro Leal y dejó de verse la visión. Desde entonces, nadie ha vuelto sin duda a orar al pie de la tosca cruz de madera, único monumento erigido a la memoria de Sab y de la india⁴⁷.

Las críticas a la obra de la Avellaneda fueron muy buenas, especialmente la que publicó Nicomedes Pastor Díaz en el periódico *El Conservador*, donde consideraba que la autora describía a la perfección el territorio y las gentes de Cuba, «una parte de España»⁴⁸. Las autoridades de la isla de Cuba, por su parte, comprendieron inmediatamente que en la apariencia inofensiva del personaje que muchos tachaban de inverosímil, se daba el caso inaudito en la literatura española de un negro enamorado de una mujer blanca, de una señorita de bien. Aquella novela era una subversión de todos los valores sociales y morales y, en última instancia, económicos y políticos establecidos. Por eso, el censor regio de imprenta decretó la retención de la obra en la aduana de Santiago de Cuba por contener doctrinas subversivas del sistema de esclavitud de la isla⁴⁹. No obstante, como en otros casos, la obra circuló y fue ampliamente conocida en la isla pues fue introducida de forma ilegal.

Sab, *Francisco* y *Cecilia Valdés* fueron las primeras novelas contrarias a la trata de esclavos escritas en lengua castellana, una cuestión fundamental en el proceso de construcción nacional. En ellas se inspiró posteriormente Emilio Castelar para escribir su obra *Historia de un Corazón*⁵⁰. No sólo eso, sino que la famosa obra *Uncle Tom's Cabin* (*La cabaña del tío Tom*), de la estadounidense Harriet Store, se publicó once años después que *Sab*⁵¹. El *The Slave: or Memoir of Archy Moore*, de Richard Hildreth, sí se adelantó en cinco años a *Sab*⁵². Esta obra, ubicada en el

⁴⁷ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Sab...*, *op. cit.*, pp. 282-283.

⁴⁸ DÍAZ PASTOR, Nicomedes: «Artículo», *El Conservador* (23-I-1842).

⁴⁹ NELLY, Edith: «La Avellaneda's Sab and the political situation in Cuba», *The Americas*, 1 (1945), pp. 303-316.

⁵⁰ CASTELAR, Emilio: *Historia de un Corazón*, Madrid, Librería de Locadio López, 1874; PEERS, E. Allison: *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1967.

⁵¹ Desde junio de 1851 hasta abril de 1852 se publicó por entregas en *The National Era*, periódico de Washington.

⁵² HILDRETH, Richard: *The slave: or memoir of Archy Moore*, Boston, John H. Eastburn, Printer, 1836.

realismo crítico, aunque con muchos aspectos románticos, aventajó a las cubanas en la presentación más completa de las miserias del régimen esclavista, así como en el cúmulo de argumentos filosóficos y jurídicos en su contra.

Posiblemente, parte de la fuente de inspiración para escribir *Sab* la debamos buscar en la novela del autor francés Víctor Hugo, *Bug-Jargal*, escrita en 1826⁵³. Este texto era bien conocido en Cuba en 1836 pues, en general, las novelas de Hugo eran muy admiradas por el grupo de del Monte. En carta del 13 de febrero de ese año, dice Félix Tancó a del Monte:

He recibido del norte las obras dramáticas de Víctor Hugo en ocho volúmenes, edición preciosa de Bruselas [...] ¿Y qué dice usted del Bug-Jargal? Por el estilo de esta novelita quisiera yo que se escribiese entre nosotros. Píenselo bien. Los negros en la isla de Cuba son nuestra poesía, y no hay que pensar en otra cosa; pero no los negros solos, sino los negros con los blancos, todos revueltos, y formar luego los cuadros, las escenas, que a la fuerza han de ser infernales y diabólicas; pero ciertas y evidentes. Nazca pues nuestro Víctor Hugo, y sepamos de una vez lo que somos, pintados con la verdad de la poesía, ya que conocemos por los números y el análisis filosófico la triste miseria en que vivimos⁵⁴.

Bug-Jargal, un esclavo negro, era el protagonista de la obra del francés; como Sab, y como luego el Antonio de Castelar, Bug-Jargal es un hombre instruido. El novelista ofrece el dato al lector por boca del propio personaje, cuando éste relata al supuesto narrador, D'Auverney, cómo los blancos engañaron a su padre, Rey de Kikongo, y cómo le enseñaron a él, niño todavía, esos fútiles adornos del saber que tal sorpresa habían causado a su interlocutor al conocerlo⁵⁵. Pero Bug-Jargal es jefe de un grupo de esclavos sublevados en Haití, al producirse la revolución. El protagonista de Hugo se lanza a la lucha por la libertad y levanta a un enorme contingente de oprimidos; en esto último, Sab no lo imita.

La maduración de los temas literarios

Domingo del Monte había trazado las líneas generales por donde debía guiarse la literatura en la construcción de la identidad nacional, en función de los intereses económicos a los que respondían él y los suyos⁵⁶. A partir de la desaparición de la Academia de Literatura en 1834, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Jacinto Milanés, Ramón de Palma, Anselmo Suárez Romero y Gabriel de la Concepción

⁵³ HUGO, Víctor: *Bug-Jargal*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1962; ANDRADE, Coello: *La novela en...*, op. cit.; BARBAGELATA, Hugo D.: *La novela y el cuento en Hispanoamérica*, Montevideo, Enrique Míguez y Cía, 1947; BUENO, Salvador: *Historia de la literatura cubana*, La Habana, Ministerio de Educación de Cuba, 1963; CARRILLA, Emilio: *El romanticismo en...*, op. cit., pp. 120-143.

⁵⁴ MONTE, Domingo del: *Centón epistolario...*, op. cit., vol. III, p. 51.

⁵⁵ HUGO, Víctor: *Bug-Jargal...*, op. cit.

⁵⁶ MONTE, Domingo del: *Escritos de Domingo...*, op. cit., vols. I y II; BENICHOU, Paul: *Creación poética en el romancero tradicional*, Madrid, Gredos, 1968.

Valdés continuaron el camino emprendido por del Monte, tanto en prosa como en verso. Por eso dedicaron una gran cantidad de su producción a «dibujar» las características de la «naturaleza salvaje» y no «culturizada» de la isla. Este hecho, la descripción del paisaje de algunas zonas de la mayor de las Antillas, a pesar de su sencillez, era importante en la formación de la identidad cubana y antillana, porque hasta ese momento los pensadores, al escribir en castellano, habían intentado imitar a los peninsulares hasta en la narración de la realidad que los rodeaba. Por el contrario, la Avellaneda y todo el grupo pintaron en sus obras los rasgos de la sabana, el bosque cubano, ríos como el Cayaguategue —que discurre por la parte occidental de la isla de Cuba— y el Sansueñas, las tormentas huracanadas, árboles como la seiba, el jagüey —bejuco moráceo—, los guayabales y, por supuesto, el mar como gran protagonista. Además, para escribir estas obras usaron una gran cantidad de «provincialismos cubanos»⁵⁷.

Estos autores también describieron el campo en relación a las actividades económicas que en él se desarrollaron. Hasta ese momento se había llevado a cabo el retrato del paisaje «domesticado» o «culturizado» que daban a Cuba las vegas —las tierras donde se cultiva el tabaco—, los hatos y haterías —territorio dedicado a la cría de ganado—, los monteros y las monterías —caza de animales y establecimientos destinados a la tala y explotación de las maderas de la isla—. Domingo del Monte, en «El Montero de la Sabana» había querido representar, a través de la lucha por el amor de una mujer entre dos hombres, los enfrentamientos que existían entre diferentes actividades productivas; por eso, uno de ellos era un veguero de los Martínez, la vega más rica de toda la isla, situada en la zona de Pinar del Río, y el otro era un montero⁵⁸. El grupo encabezado por Gertrudis Gómez, siguiendo la estela de su maestro, también se interesó por la figura del montero. Sin embargo, introdujo una novedad con respecto a lo hecho hasta entonces, pues centraron gran parte de sus esfuerzos en describir dos actividades económicas hasta entonces no tratadas en las obras escritas: el trabajo en los cafetales y en los ingenios, los dos grandes sectores productivos de la zona occidental de la isla. El retrato de los cafetales y los ingenios no lo hicieron mediante la descripción física de esta actividad económica, sino a través de la esclavitud —sobre todo de la figura del esclavo—, que era uno de los elementos más característicos de estos

⁵⁷ Describieron árboles como el mango, aves como el sisonte y el tocoloro, animales como la hutía, y, por supuesto, toda la manigua cubana. Véase el poema de MANZANO, Juan Francisco: «La Cocuyera», *El Aguinaldo Habanero*, La Habana, Imprenta de la Sociedad Económica, pp. 17-31; y los poemas de MILANÉS, José Jacinto: «Bajo el mango», «El Sisonte y el Tocoloro», «En la Caza y la Sorpresa», en J. Milanés, *Obras*, Nueva York, 1965, pp. 45-47, 48-49 y 50-52.

⁵⁸ Véanse los poemas de MONTE, Domingo del: «El Montero de la Sabana», «El desterrado del ható», «El guajiro» y «A un joven poeta, en su partida para Ultramar», en I Herrera Dávila (comp.), *Rimas Americanas*, La Habana, Imp. de Palmer, 1833, pp. 20-22, 34-36, 39-41 y 58-61.

dos tipos de centros, y uno de los mayores impedimentos para el desarrollo del sistema liberal en la isla. Por este motivo todos ellos criticaron la esclavitud, aunque todavía lo hicieron de una forma bastante romántica⁵⁹. Suárez y Milanés, por ejemplo, centraron sus ataques en los inmensos castigos corporales que recibían estos esclavos, el peor de todos el «boca abajo»⁶⁰. Le dieron una esperanza a estas personas, el «cimarronaje», como única forma de vivir como seres humanos con entidad propia, aunque en la proscripción. En su obra «El Negro Alzado», Milanés se recreó describiendo cómo el niño blanco usaba al pequeño hijo de un negro del cafetal como «muleque» o mascota para jugar:

A las puertas del bohío/ sentado está el mayoral/ [...] Su hija mayor, con un peine/ negro alisándole va/ aquella gran cabellera/ [...] Dos chiquillos cerca de ella/ con un negrito, a la par/ todos tres desnudos, juegan,/ retozan, gritan, se dan/ y cada vez que el negrito/ amenaza a algún rapaz/ el gran manatí del padre/ que los mira retozar/ levanta en su tierna espalda/ doloroso cardenal⁶¹.

En esta sociedad en construcción que quiere pintarnos Gertrudis Gómez y todo el grupo en torno a del Monte, el trabajo, como motor del desarrollo económico, era la forma de conseguir riqueza y prosperidad y, por eso, lo consideraron un valor que dignificaba. Por el contrario, la ociosidad y el juego, como elementos que suponían una pérdida de productividad, fueron mal vistos. En la escala de valores que construyeron, se despreciaba a los «vagos» —entendiendo por tales al mendigo, la prostituta, el huérfano, el borracho, el bandido—, que estaban al margen de la sociedad, que eran «despojos» de esa sociedad. También por este motivo fueron múltiples los intentos de la Avellaneda y otros miembros del grupo de fomentar el desarrollo de las profesiones manuales. Hasta entonces sólo se dedicaban a ellas las personas de color, ya que los blancos consideraban una deshonra trabajar con las manos; ellos, con sus discursos, trataron de convertir estos trabajos en honrados para la gente blanca pobre, como había sucedido en el mundo protestante⁶².

Estos «valores» debían ser inculcados como norma, para lo cual intentaron valerse de la religión. Por eso, una de las características que le dieron estos autores a esa sociedad ideal que recrearon fue la de ser católica, pues entendieron que la religión, usada correctamente, era un instrumento para introducir y legitimar los

⁵⁹ VILLAVARDE, Cirilo: *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel. Novela de costumbres cubanas*, Nueva York, Imprenta de El Espejo, 1882, cuya primera versión es de 1839; MANZANO, Juan Francisco: *Autobiografía de un esclavo poeta y otros escritos*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana, 2007; y GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Sab...*, *op. cit.*

⁶⁰ SUÁREZ ROMERO, Anselmo: *Francisco. Novela cubana...*, *op. cit.*; y MILANÉS, José Jacinto: «El esclavo», en J. Milanés, *Obras...*, *op. cit.*, pp. 68-71.

⁶¹ MILANÉS, José Jacinto: «El Negro Alzado», en J. Milanés, *Obras...*, *op. cit.*, pp. 98-103.

⁶² Véase el poema de BETANCOURT, J. V.: «El Jugador», *La Siempreviva*, 2 (1838), pp. 93-101; y MILANÉS, José Jacinto: «El Mendigo», «La Ramera» y «El Ebrio», en J. Milanés, *Obras...*, *op. cit.*, pp. 113-115 y 103-105.

valores del sistema liberal, como habían hecho los protestantes en Europa. El Dios de la Avellaneda era piadoso, pero a la vez vengativo, un Dios que exigía amor al trabajo, honor en el hombre y la castidad y dedicación a su familia en la mujer; una religión que criticaba el adulterio, la prostitución y el juego, pero que, sin embargo, no los combatía enérgicamente pues eran válvulas de escape que permitían mantener un sistema insostenible de otra manera⁶³.

La salvaguardia de esos principios liberales también supuso la defensa de una estructura de Gobierno liberal, para todos los territorios del Imperio. Por eso Gabriel de la Concepción Valdés y Gertrudis Gómez continuaron una de las líneas que del Monte había planteado anteriormente: la de escribir poemas favorables al desarrollo de una Monarquía liberal, donde se criticaba la actuación de Fernando VII, un Rey absolutista y tiránico, y se ponían nuevas esperanzas en la Reina regente y la heredera del trono⁶⁴:

¡Viva Isabel! resuena en mi cabaña,/ viva , viva Isabel y viva España./ En pos de la ciudad las ninfas bellas/ van con cestillos de olorosas flores,/ y Delio, y Vélez, y Desval entre ellas/ [...] Salud exclama a la inmortal Cristina/ y al nuevo sol que Iberia nos ofrece/ [...] Ved cual se lanzan/ de la tumba fría/ Rui-Díaz, Larra, Córdova y Cisneros, / y ríe el panteón donde descansa / el vencedor de Lusara y Almansa./ Sagrados genios que la gloria hispana/ ensalzáis junto al regio Manzanares,/ venid a visitar la culta Habana/ que en su playa el clarísimo Almendares/ os mostrará la frente soberana/ coronada de piñas y palmares./ Y luego a vuestros lares retornando regalareis la nueva venturosa/ a la esposa del séptimo Fernando,/ como celebra Cuba deliciosa/ su real Princesa, impávida jurando⁶⁵.

Para estas fechas el grupo pretendía el desarrollo de un sistema de Gobierno liberal autónomo para la isla de Cuba, aunque dentro del Estado español. Por eso, comenzaron a utilizar la división criollo-peninsular en sus producciones, asimilando criollo a identidad cubana y peninsular a identidad española. Con este objetivo, explicaron que los malos tratos a los esclavos eran realizados por los comerciantes de negros, peninsulares, y una vez en el ingenio por los mayores que, según los describió Gertrudis Gómez de Avellaneda en *Sab*, generalmente eran también

⁶³ SUÁREZ ROMERO, Anselmo: *Francisco. Novela cubana...*, *op. cit.*; y los poemas de MANZANO, Juan Francisco: «El Sueño» y «Existencia de Dios», *El Álbum*, 10 (1838) y *La Cartera Cubana*, 2 (1838); MILANÉS, José Jacinto: «Al Convento de San Francisco de 1837», «Dios Existe», «El Salmo XXII de David», en J. Milanés, *Obras...*, *op. cit.*, pp.197-199, 201-203 y 204-208.

⁶⁴ VALDÉS, Gabriel de la Concepción: «En la proclamación de Isabel II reina de España», «A la jura de la princesa heredera», «La ambarina», «A los días de la reina gobernadora de España», en G. Valdés, Gabriel de la Concepción, *Poemas de Plácido*, Nueva York, s.a., pp. 24-25, 26-28, 29-32 y 39-43. No obstante, la obra más importante fue ECHEVERRÍA, José Antonio: *Oda al nacimiento de la serenísima infanta doña María Isabel Luisa*, BNJM, Sala Cubana, Echeverría, 1831.

⁶⁵ VALDÉS, Gabriel de la Concepción: *Poemas de Plácido...*, *op. cit.*, pp. 33-35.

peninsulares, pero no por parte de los dueños de los ingenios, que identificó con los cubanos criollos⁶⁶.

Conclusión

La corona española, más arrastrada por las circunstancias que por convicción, se vio obligada a reconvertir el territorio peninsular en un Estado nacional compuesto por ciudadanos durante el siglo XIX. Al mismo tiempo que se efectuaban estas transformaciones en la metrópoli, los distintos Gobiernos tuvieron que plantearse qué papel jugaban los dominios americanos en el naciente Estado español. La mayoría de los liberales peninsulares, y una parte de la elite antillana, se fueron decantando por no insertar a los territorios de Ultramar dentro del proceso de formación del Estado liberal, y darles una categoría inferior políticamente a través de la legislación, porque de hecho ya era así. Sin embargo, y a diferencia de lo que han mantenido las historiografías cubana y española hasta el momento, un grupo de intelectuales de la isla, apoyados por algunas de las familias más poderosas de la oligarquía azucarera habanera, no se sintieron cómodos con la posición de colonias a que se relegaba a sus territorios en el nuevo Estado liberal. Su respuesta fue intentar conseguir una situación más favorable para sus intereses dentro del nuevo Estado en construcción, para lo cual apoyaron y fueron parte activa en la constitución de un concepto de identidad cubana autónoma con respecto a la peninsular.

Domingo del Monte y el círculo de intelectuales que lo rodeaba fue el encargado de darle forma a este proyecto. Para ello, usando la literatura como instrumento, elaboraron un concepto de identidad que daba unidad a la isla de Cuba y que, además, entroncaba su historia con la tradición castellana, de la que se consideraban parte. Este proyecto «identitario» no estuvo plenamente armado desde un principio, sino que se fue negociando y modificando a lo largo del tiempo, hasta que adquirió una forma bastante definida a finales de la década de 1830 e inicios de la de 1840; la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, fue una de las expresiones literarias más acabadas en esta dirección. Sin embargo, su propuesta autonomista no fue aceptada por el Gobierno metropolitano. Cuba fue reducida a la categoría de colonia, gobernada a través de las Leyes de Indias, un código de Antiguo Régimen, válido para un Gobierno de Despotismo Ilustrado, pero que en nada se adecuaba a las necesidades económicas y sociales de la isla en ese momento.

⁶⁶ PALMA, Ramón de: «La danza Cubana», «Devaneos de Amor», en R. de Palma, *Obras*, La Habana, Imprenta del Tiempo, 1861, pp. 38-41 y 123-126; MILANÉS, José Jacinto: «La cuenta del mayoral, 1835», en J. Milanés, *Obras...*, *op. cit.*, pp. 82-85; SUÁREZ ROMERO, Anselmo: *Francisco. Novela cubana...*, *op. cit.*

La censura colonial había canalizado los esfuerzos desde la política a la literatura; pero los eventos políticos externos, o quizás la politización de la literatura, les llevó más allá de los límites aceptables por las autoridades coloniales. La vigilancia colonial sobre la prensa era parcialmente responsable del alto grado de expresión literaria alcanzado durante ese periodo, pero también contenía la semilla de la destrucción. No obstante, a través de sus escritos estos liberales habían conseguido que triunfara su pensamiento en la isla. Sobre la base del pensamiento autonomista se articuló la construcción de la identidad nacional cubana y con el tiempo, tras dos largas y cruentas guerras, la isla de Cuba se convirtió en un Estado independiente del español.